

5.3. La opinión y testimonios de los protagonistas.

5.3.1. La voz de los alumnos y alumnas.

La opinión de los niños y niñas nos parece una herramienta fundamental en el trabajo de una Institución como el Defensor del Menor que tiene como misión velar por el respeto de los derechos de la infancia y adolescencia. Es por ello que para la elaboración de este documento hemos contado con la ayuda de los consejeros y consejeras de nuestro Consejo de Participación “e-foro de menores” a fin de que nos aportaran sus criterios sobre qué es el acoso escolar. En especial, contamos con la colaboración de una de las consejeras que había venido realizando labores de mediación entre los alumnos en el instituto donde se encuentra escolarizada.

Aquí está su valioso testimonio:

“¿Qué es el acoso? Aunque pueda parecer una definición escueta, según el diccionario de la Academia de la Lengua, acoso es perseguir sin dar tregua, de manera constante y sin ninguna clase de paréntesis.

En esta persecución sin tregua, silenciosa en la mayoría de los casos, nos encontramos dos personajes: el perseguidor y el perseguido. ¿Pero qué ocurre si este acoso se da en el ámbito escolar? Para nosotros, la escuela y el instituto, son un lugar en donde además de aprender contenidos, especialmente creamos relaciones sociales, un lugar de encuentros, en donde vamos definiendo nuestra personalidad, y probamos o ensayamos de manera inconsciente distintos roles con los cuales nos desenvolvemos.

En este reparto de papeles, muchas veces vemos de manera natural la desigualdad: si hay un fuerte, hay una débil, si hay una lista hay un torpe, si hay un extrovertido, hay un tímida, si hay un gracioso, hay una sosa, si hay un maltratador, habrá un maltratado, si hay un acosador, habrá un acosado o una acosada.

“El miedo es la principal causa de este acoso y aunque damos por hecho que el perseguidor no siente temor, presión o desconfianza, en el bullying ambas partes son víctimas”

En la desigualdad, yo siento que siempre hay miedo, en el reparto de roles, siento que hay miedo, en la búsqueda de un sitio, yo creo que

hay miedo: por eso creo que en el acoso, en el acoso escolar, hay miedo tanto en el acosador como en el acosado. El miedo es la principal causa de este acoso y aunque damos por hecho que el perseguidor no siente temor, presión o desconfianza, en el bullying ambas partes son víctimas. Si nos centramos en sendos roles, nos daremos cuenta de que tanto el sentimiento de inferioridad como la búsqueda de la superioridad no surgen de la nada. Son consecuencia de, por ejemplo, un entorno turbio o roto en el hogar, una falta de amor o atención en las relaciones familiares o por el simple hecho de haber observado, y más tarde imitado, ese comportamiento en otras personas. Es verdad que ante circunstancias parecidas, cada niño, o cada persona, reaccionamos de formas muy distintas. En el caso de un niño que acosa, **“Es un círculo vicioso en el que unos y otros liberan sus propios miedos, a través de agresiones o mediante la pasividad.”** que maltrata a otro niño, ha elegido ese rol, ese guión de juego, como la solución para librarse de su propio temor o miedo; es crecerse de algún modo, buscar la atención o el protagonismo que quizá no recibe en otro ambiente, una atención y un protagonismo que ha encontrado en el juego de la persecución. El niño perseguido, quizá porque es físicamente más débil, o le han hecho creer que es frágil emocionalmente, o tiene baja autoestima, la única vía posible que encuentra es la de pasar desapercibido, esconderse y bajar la cabeza, reprimiendo así el miedo que le ha infundido vivir, o sobrevivir en esta sociedad. Pienso, en definitiva, que el acosador y el acosado, han podido surgir de las diferentes respuestas que damos ante las dificultades, los miedos que sentimos y percibimos en nuestras vidas, y en las de los demás. Por tanto, es un círculo vicioso en el que unos y otros liberan sus propios miedos, a través de agresiones o mediante la pasividad.

Pero, incluso comprendiendo de este modo, el origen o los distintos orígenes del acoso escolar, me sigo preguntando por qué ninguna de las partes reacciona, por qué el acosador no se da cuenta del daño que hace, o si se da cuenta, cómo no siente compasión por su víctima. Y de igual manera, por qué el acosado no se defiende, por qué decide guardar silencio. Tanto el uno como el otro normalizan esa situación y, aunque parezca extraño, tal vez no saben cómo salir de ella, o peor aún, desconocen totalmente el hecho de encontrarse siquiera en dicha situación. Es como si no se dieran cuenta, como si no se vieran en la historia que están viviendo.

Me gustaría, como un paréntesis que se me ocurre mientras escribo, hablar de manera más personal sobre esta reflexión con respecto al miedo ¿cuál es el miedo que siente una alumna en clase ante su profesor? ¿Cuál es el miedo que siente una profesora, cuando, en lugar de sonreír y ser amable, se pone tensa y grita con una mirada de "tú y yo no somos amigos"? ¿Se dará cuenta de que su enfado lo provoca el temor de perder el control y la autoridad? Y nosotros, ¿cuál es el motivo de que nos callemos y obedezcamos?, ¿es respeto o es miedo? Personalmente, asocio más el respeto con aquellos profesores y profesoras que sonríen, que se preocupan y que tienen paciencia. Sin embargo, podría decir que no respeto a aquellos que ni siquiera intentan llegar a conectar con su alumnado, que creen que a los niños y niñas de hoy en día se nos debe enseñar a base de órdenes y castigos, sin cariño. Y sí, es verdad, a veces no es el respeto lo que hace que obedezcamos, sino el miedo a las consecuencias. Estos son miedos invisibles, en clase pero son también miedos, y de alguna manera, también tienen que ver con lo que estamos hablando, relaciones desiguales, profesores, alumnos, padres, hijos...

Pero volviendo al tema del acoso escolar, imaginando la clase de terror que debe sentir el chico o la chica acosados, el miedo a sufrir, a que les hagan daño, ¿por qué no gritan? ¿por qué no denuncian ese maltrato? Vuelvo a encontrar la respuesta en el miedo, **“¿Por qué no denuncian ese maltrato? Vuelvo a encontrar la respuesta en el miedo.”** *creo que otro miedo mayor los paraliza, nos paraliza, y no somos capaces de responder.*

Sigo dándole vueltas para poder comprender esto y observo a mi alrededor, los animales siempre son una fuente de sabiduría. ¿Qué hace, por ejemplo, un perro que es regañado y maltratado por su amo? Se queda ahí, parado, mirando con la cabeza gacha y el rabo escondido, sin comprender el por qué. A lo sumo, si todo se vuelve aún más violento, se marcha, girando de vez en cuando la cabeza hacia atrás por si se le da una señal de tregua, por si puede volver a los pies de quien lo maltrata. ¿Seremos nosotros, los niños, iguales? ¿Seré yo, a veces sin darme cuenta, igual? Si reflejamos este comportamiento en un niño, no me es muy difícil entender la pasividad con la que se toma esta violencia. Si estamos siendo acosados, ¿volvemos al lugar donde se produce el acoso? ¿volvemos por si aún hay alguna oportunidad de ser aceptado, de no quedarme sola y de que los demás me aprecien?

Claro que lo hacemos, porque no podemos comparar el dolor físico con el sentimiento de no ser querido por nadie, porque formar parte del grupo, el que nos quieran en el grupo, el que nos den un sitio en el grupo, es vital, es sentir que somos dignos, que valemos.

Recuerdo la pelea entre dos niños, en la puerta del instituto, al salir de clase. ¿dónde, cómo es el acoso en mi instituto? ¿hay más violencia entre chicos que entre chicas? ¿por qué suelo ver a más niños peleando en comparación con nosotras? Para mí, la principal causa de esta violencia, son los estereotipos que nos impone la sociedad. El hombre, debe ser fuerte, debe destacar, debe ser capaz de eliminar a cualquiera de su camino, debe ser superior y demostrarlo con agresividad, que deriva en violencia. Las mujeres según la sociedad, tenemos otro tipo de exigencias, que no tienen que ver con ese tipo de violencia.

“Para mí, la principal causa de esta violencia, son los estereotipos que nos impone la sociedad.”

También, en el recreo, vi como unos chavales se metían hace un par de días con un niño con sobrepeso y le decían cosas como “gorda” ¿Acaso insultar en femenino es un insulto peor? De igual manera, ¿podríamos encontrar alguna relación entre la violencia machista y el acoso? Creo que sí, y de muchas maneras. Quizá los chicos de hoy en día sienten la presión de los estándares: la obligación de tener que hacerse notar entre los demás niños los impulsa a usar la violencia para encajar con esos dictados; y para obtener más fácilmente esa imagen deciden acosar al más débil.

“¿Podríamos encontrar alguna relación entre la violencia machista y el acoso? Creo que sí, y de muchas maneras.”

Si me paro a pensarlo, las causas, en el fondo, son muchísimas, mientras que la solución a lo mejor podría ser sencilla: aliviar el miedo, quitarnos el miedo y cambiar las influencias de una sociedad injusta y macabra por otras influencias, de igualdad y confianza, que también están en nuestra sociedad, pero que no se nos muestran como modelos. Sin embargo, en los centros escolares, en el mío en concreto, aunque

“Las medidas que se toman son casi siempre partes, sanciones y expulsiones, porque aparentemente es más rápido y eficaz, sin darnos cuenta de que, una y otra vez, se debe ahondar y encontrar los focos del problema.”

tenemos un grupo de mediación, aunque hablamos de este tema en las tutorías o con las orientadoras, al final, las medidas que se toman son casi siempre partes, sanciones y expulsiones, porque aparentemente es más rápido y eficaz, sin darnos cuenta de que, una y otra vez, se debe ahondar y encontrar los focos del problema, es decir, cuáles son las heridas de unos y otros y dónde nosotros, los jóvenes, aprendemos este comportamiento, dónde están nuestros modelos, para imitar después.

Recapitulando, el **“El acoso escolar lo vemos a menudo en clase o en los pasillos, con mayor o menor intensidad, y si no lo vemos, sí sabemos de su existencia. Por miedo, igualmente, llamamos cuando presenciamos un acto de violencia y nos convertimos en cómplices.”** acoso escolar, queramos o no, lo vemos a menudo en clase o en los pasillos, con mayor o menor intensidad, y si no lo vemos, sí sabemos de su existencia. Por miedo, igualmente, llamamos cuando presenciamos un acto de violencia y nos convertimos en cómplices, y así conseguimos que, con nuestras miradas pasivas, el acosador se crea que hace lo que debe, crea que es aceptado de esa manera, igual que el niño acosado, ante nuestra mirada pasiva, siente que ese es su lugar, que ese es el sitio en el que le toca jugar, o ser, o existir.

“A través de cualquier red social, todo puede ser anónimo, el acosador no tiene nombre ni rostro, el acosado no sabe quién es el enemigo, y entonces el miedo corre y crece como el fuego.”

Pero, hay otro acoso invisible, sin testigos, sin miradas, aparentemente sin cómplices ni espectadores, ¿qué ocurre cuando este maltrato se produce a través de internet? ¿Y si el acoso se transforma en cyberbullying? A través de cualquier red social, todo puede ser anónimo, el acosador no tiene nombre ni rostro, el acosado no sabe quién es el enemigo, y entonces el miedo corre y crece como el fuego sin que ninguna alarma pueda detectarlo, cualquier persona puede acosar sin motivos siquiera, por simple diversión ya que al no ver el daño que producen, al no ver el dolor ajeno, creen que no está ahí, que no están haciendo sufrir a esa persona realmente, y la inconsciencia es aún mayor, ¿quién puede comprenderlo? No es algo que yo, como niña, alumna y compañera, pueda llegar a entender, es como si el maltrato, fuera un simple video juego. Un video juego, en donde la realidad se confunde con la ficción, sin que nos demos cuenta de donde están las fronteras.

Voy perdiendo poco a poco las ganas de reflexionar y escribir, llevo varios días enfrascada en esta reflexión, me paro a descansar y miro la tele. Políticos, concursos, teleseries, anuncios,

“¿A quiénes imitamos los niños, dónde aprendemos, qué necesitamos...?”

publicidad, banqueros, guerras, fronteras, el dinero, la bolsa...y me pregunto, ¿quiénes mandan en este mundo? ¿Quiénes son los líderes de esta sociedad tan dividida? ¿Quiénes triunfan y quiénes fracasan? ¿Qué es el fracaso

y que es el triunfo? ¿A quiénes imitamos los niños, dónde aprendemos, qué necesitamos...?”

“¿Por qué el amor, la compasión, la empatía y comprensión del dolor ajeno no son valores tan extendidos como sí lo son la ambición, el poder, la superioridad y las relaciones de desigualdad?”

Mi madre es cariñosa, firme, trabajadora, humilde, alegre y solidaria... Mi hermana es compasiva, sensible, respetuosa y honesta, ¿por qué personas como ellas no lideran nuestro mundo? ¿Por qué ellas no son ejemplos a seguir, excepto a mis ojos? ¿Por qué el amor, la compasión, la empatía y comprensión del dolor ajeno no son valores tan extendidos

como sí lo son la ambición, el poder, la superioridad y las relaciones de desigualdad?

Quiero como niña, como hija y hermana, como alumna pero sobre todo como persona, pedir una educación en la cual podamos aprender a conocernos, a respetarnos y a amarnos mutuamente, donde aprendamos a desenmascarar nuestros roles, para que podamos relacionarnos sin miedo a ser excluidos, ¿podría haber una asignatura para esto? ¿quiénes podrían ser los profesores y profesoras expertos en esto?, una clase amena donde darnos cuenta de nuestro propio miedo; un ambiente saludable, de compasión, solidaridad y concienciado de los problemas del mundo; me gustaría una nueva

“Quiero oportunidades para todos y que seamos capaces de darnos cuenta del daño que hacemos al maltratar, del daño que hacemos al no decir nada y del daño que, consecuentemente, nos hacemos a nosotros mismos”.

sociedad que se pueda conocer y comprender a sí misma, una sociedad donde no haya roles que cumplir y seamos nosotros mismos sin más; un

mundo en el cual la terrible enfermedad de la codicia, del dinero y de los estereotipos impuestos pueda curarse, donde la injusticia se cure con justicia y no con cárceles ni con más violencia. Quiero oportunidades para todos y que seamos capaces de darnos cuenta del daño que hacemos al maltratar, del daño que hacemos al no decir nada y del daño que, consecuentemente, nos hacemos a nosotros mismos”¹¹³.

Seguidamente traemos a colación los testimonios de otros chicos y chicas que también han sido víctimas de acoso escolar y que a su vez han protagonizado episodios de violencia filiofamiliar¹¹⁴. Unos testimonios que, por otra parte, arrojan luz sobre el profundo dolor que puede aquejar a un niño o niña que se ve maltratado por sus iguales.

Alberto, 14 años:

“Al segundo año de colegio, el chaval que era amigo mío se fue con un grupo de chicos, los cuales me insultaban y me rompían las cosas durante dos años, hasta que me cansé y mientras estaba jugando al fútbol me vinieron los tres a molestar. Dos de ellos eran más grandes que yo y el otro era el chaval con el que yo me llevaba bien el año anterior, que era de mi tamaño. Le tiré al suelo y no volvieron a molestarme”.

“Me insultaban y me rompían las cosas durante dos años.”

Lucía, 14 años:

“El primer año de instituto recuerdo que me costaba relacionarme con las chicas. No lo recuerdo muy bien pero sé que yo me sentía sola en clase y que no me gustaba nada educación física porque siempre te hacían ponerte en pareja y yo no tenía a nadie. Ese año vi una libreta que tenía una compañera mía de clase en que hablaba fatal de mí. Nunca dije nada sobre eso pero me puse super triste al ver lo que la gente pensaba de mí. Yo de amigas tenía a unas niñas gemelas que eran chinitas y me llevaba muy bien con ellas pero yo quería ir en el grupo grande de chicas. Yo iba con dos niñas chinitas, como ya he dicho anteriormente, que eran

“En clase me empezaron a joder bastante (los chicos) y se metían mucho conmigo.”

113 Jornada sobre acoso escolar y ciberacoso, organizada por el Defensor del Menor de Andalucía y Save The Childre. Granada, febrero de 2016. <http://www.defensordelmenordeandalucia.es/jornada-acoso-escolar-y-ciberacoso>

114 Los testimonios están escritos por los propios menores en una actividad terapéutica que consiste en escribir su autobiografía dentro del Programa Ginso Urra.

mis amigas y me apoyaron mucho. Como faltaba a clase muchos días por la tarde me iba a casa de un amigo mío desde que éramos pequeños, a que me explicaran lo que habían dado en clase y me dejara los apuntes. En clase me empezaron a joder bastante (los chicos) y se metían mucho conmigo. Me quemaron la agenda y mi amigo la encontró en el contenedor de enfrente de mi casa y yo me la encontré en su casa. La agenda estaba quemada y ponía puta y símbolos nazis... también me quitaban cosas de la mochila y del archivador. Recibí una nota en la agenda en la que ponía PUTA, QUE TE FOLLE UN PEZ. A pesar de todo, en junio saqué todas las asignaturas y aprobé todo”.

Esteban, 16 años:

“Los niños del colegio ya se empezaron a meter conmigo. Esto fue muy doloroso e insoportable, odiaba ir al colegio, porque cada día pensaba que el siguiente me esperaba un infierno, y así era. Era un constante agobio saber que en cualquier momento me podían volver a joder. Me acuerdo de un día, un compañero que se metía conmigo en clase de lengua leyó una redacción que había hecho sobre un personaje gorda, refiriéndose a mí, toda la clase se reía, pero la profesora no lo sabía y encima lo aplaudió”.

“Esto fue muy doloroso e insoportable, odiaba ir al colegio, porque cada día pensaba que el siguiente me esperaba un infierno, y así era.”

Álvaro, 17 años:

“Yo odiaba ir al colegio, hasta en el autobús del colegio se metían conmigo los mayores. Recuerdo que había uno que se llamaba Adrián que fumaba y yo le decía que por qué lo hacía, que se pusiera la música más baja... y él me insultaba, hacía piña con los demás y se reían de mí llamándome 4 ojos, cabezón, mil historias. (me sentía indefenso porque era lo normal, los mayores se metían con los pequeños y punto). En los siguientes dos años, los últimos de la primaria, los recuerdos muy duros porque fui desplazado del grupo de amigos y tuve que buscar el hueco y la manera de encajar. Además, había un chaval repetidor, malote,

“Yo odiaba ir al colegio, hasta en el autobús del colegio se metían conmigo los mayores.”

“Y él me insultaba, hacía piña con los demás y se reían de mí llamándome 4 ojos, cabezón, mil historias.”

que era el líder del grupo y caía bien a todos. Yo jugaba un papel difícil porque para encajar mentía. Soltaba bolas, me intentaba hacer el guay y llamar la atención de estos. A veces lo conseguía y estaba durante temporadas muy bien y en otras temporadas fatal”.

Luis, 14 años:

“Lo que acabó con mi estabilidad fue el ver como a un compañero de clase se metían con él porque era síndrome de Asperger o algo parecido. Yo que vivía en mi burbuja no entendía el porqué de lo que le hacían y me sentía fatal. No sé exactamente la razón, pero eso me dolió demasiado. la vista de mi comportamiento el resto

de la clase que de por sí ya dudaba de mí se pusieron de acuerdo y ahí es cuando dejé de tener amigos de mi edad (gracias a Dios los de la clase de abajo eran gente muy maja y me acogieron bien). Para ponerle la guinda al pastel me acuerdo de que mi hermano tampoco era muy bien tratado y que tenía algún problema, aunque él no lo dijera. Pocas cosas o ninguna me han dolido tanto como saber que mi hermano lo pasaba mal. Recuerdo que eso destrozó cualquier atisbo de felicidad que quedaba en mí. En menos de medio

“Recuerdo la soledad, una que nunca se acababa, no encontraba fuerzas para sonreír pero tampoco para suicidarme y lo único que hacía era encerrarme en la habitación y llorar, durante horas, sin poder parar, nada me consolaba.”

fuerzas para sonreír pero tampoco para suicidarme y lo único que hacía era encerrarme en la habitación y llorar, durante horas, sin poder parar, nada me consolaba. La vida para mí pasó de ser blanca a negra, nunca entendí el término medio. Yo sabía que estaba mal aunque a veces tras horas de llorar ya no recordaba por qué lo hacía, pero lo peor es que no encontraba nada que me hiciera parar. Cada hecho que me pasaba a mí o a mi hermano me destrozaba más y más. Realmente los pocos momentos buenos de esos

“En ese tiempo conocí el dolor, un dolor que me arrancó de sopetón las ganas de vivir. Tras eso recuerdo tener 12 años y ninguna gana de seguir, solo tenía ganas de hacerme mayor y aislarme.”

año pasé a comprender cosas que no había aprendido en diez, cosas que mis padres no me habían explicado. En ese tiempo conocí el dolor, un dolor que me arrancó de sopetón las ganas de vivir. Tras eso recuerdo tener 12 años y ninguna gana de seguir, solo tenía ganas de hacerme mayor y aislarme. Recuerdo la soledad, una que nunca se acababa, no encontraba

tiempos fueron con mi hermano, sentía que era el único que podía llegar a atenderme y que realmente estaba ahí. No le contaba lo que me pasaba pero sentía que lo entendía. El apoyo de mis padres en esa época no fue bueno, lo poco que hubo no me sirvió. A veces mi madre venía a hablar conmigo y aunque al final no hablábamos mucho acababa llorando con ella”.

María, 16 años:

“Me pregunté una y otra vez por qué yo no encajaba con ellas, por qué me sentía diferente. En el colegio era un bicho raro. Todo sobresalientes. Buen comportamiento. No quiero pensar que ése era el problema, porque ellas también eran así. Pero yo no les he gustado a más de dos chicos en todos los años del colegio, ni me pasaban notitas, ni me tenían muy en cuenta. Los recreos eran horribles. Las niñas llegaban a ponerse de acuerdo para un día halagarme y al siguiente hacerme el vacío”.

“Me pregunté una y otra vez por qué yo no encajaba con ellas, por qué me sentía diferente. En el colegio era un bicho raro. Todo sobresalientes. Buen comportamiento.”

Antonio, 17 años:

“Como era muy tímido y reservado, la gente se aprovechaba para meterse conmigo. Se me daba mal estudiar y trabajar y eso empeoró las cosas. Entonces la gente empezó a pensar que era tonto y que no servía para nada. Eso no me gustaba nada y empecé a pensar que era inferior y me sentía triste porque la gente no me aceptaba tal como soy, me sentía diferente. Los niños del colegio no les gustaban cómo era y por eso se metían conmigo. Un profesor, cuando estaba en tercero de primaria, me ignoraba

“Como era muy tímido y reservado, la gente se aprovechaba para meterse conmigo.”

y pasaba de mí. Eso me dolía aún más porque cuando se metían conmigo él miraba para el otro lado. Y entonces empezó a ir peor en casa. Recuerdo una vez que vi a mi madre llorando y hablando por teléfono con mi abuela, después de habernos

“También perdí el sueño y empecé a oír voces en la cabeza, eso también me sentó muy mal porque pensaba que podría empeorar, me sentía muy mal, triste, odiándome a mí mismo y algo cansado de cabeza.”

peleado y eso me daba rabia y dolor. También perdí el sueño y empecé a oír voces en la cabeza, eso también me sentó muy mal porque pensaba que

podría empeorar, me sentía muy mal, triste, odiándome a mí mismo y algo cansado de cabeza”.

5.3.2. La posición de las familias.

Uno de los aspectos más destacados por las familias respecto del fenómeno que abordamos es la ausencia de formación específica del profesorado en la materia, lo que dificulta conocer con la suficiente anticipación los casos de acoso escolar que se producen en las aulas y, consiguientemente, impide que el profesor pueda intervenir a tiempo. Se lamentan algunos padres de que los futuros profesores no adquieran este conocimiento desde la misma Universidad, durante su proceso de formación:

Las familias destacan la ausencia de formación específica del profesorado en la materia, lo que dificulta conocer con la suficiente anticipación el acoso y, consiguientemente, impide que el profesor pueda intervenir a tiempo.

“....resulta muy preocupante tener constancia a diario de que los futuros maestros de primaria no tienen una formación para ser el día de mañana personas capaces de adelantarse al problema.....tenemos que hacer entre todos un esfuerzo desde el punto de vista académico y desde el punto de vista social para diagnosticar mucho antes de que ocurra –el acoso–”.

Una consecuencia de lo señalado es que en un elevado porcentaje de los supuestos son las familias quienes descubren o intuyen el maltrato que están sufriendo sus hijos en el colegio a manos de sus compañeros. Así, como hemos tenido ocasión de comprobar en el capítulo 4 de este Informe, padres y madres protestan por la pasividad demostrada por los responsables del centro educativo al no tener en consideración las denuncias formuladas por acoso contra sus hijos. También se quejan de que los profesores o equipos directivos minimicen el problema por considerar que determinadas agresiones forman parte de la vida ordinaria de los centros, bajo la argumentación de que este tipo de acciones es habitual en un entorno donde conviven muchos niños y niñas.

Por otro lado, algunas AMPAS han expresado que muchas familias desconocen los programas que, en su caso, disponen algunos colegios con